

DAVIDE MOROSINOTTO

NEMO

EL GIGANTE DE PIEDRA



NUEVA AVENTURA DEL CAPITÁN QUE VIAJARÁ VEINTE MIL LEGUAS SUBMARINAS

DAVIDE MOROSINOTTO

NEMO

EL GIGANTE DE PIEDRA

ANAYA

Título original: *Nemo. Il gigante di pietra*

1.ª edición: mayo de 2017

© 2016 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italy
International Rights ©Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com
Edición original publicada por RCS Libri S.p.A. (Rizzoli Editore)
Texto de Davide Morosinotto, 2016
Ilustraciones de Antonio Javier Caparo / Shannon Associates LLC
© De la traducción: José Luis Aja, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Los nombres, personajes e indicios relacionados contenidos en este libro, propiedad de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., han sido cedidos en exclusiva a Atlantyca S.p.A. en su versión original. Su traducción y/o versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-698-3385-8
Depósito legal: M-8760-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



—¿Nos habéis llamado, capitán Nemo? Estamos aquí.

Al oír estas palabras, el hombre se levantó y su rostro se pudo ver a plena luz: la cabeza majestuosa, la frente despejada, la mirada altiva, la barba blanca y los tupidos cabellos peinados hacia atrás. El hombre, con gran tranquilidad, apoyó la mano sobre el respaldo del sofá. Se veía que estaba muy enfermo, pero su voz era fuerte e imperiosa cuando dijo en un excelente inglés:

—Yo, señor, no tengo nombre.

JULES VERNE



UNO EL PRÍNCIPE

Tenía tres hermanos y los tres habían muerto. El mayor se llamaba Ravi y había salido a la caza del tigre. Los rastreadores habían sacado a la fiera de su guarida y la persiguieron por la jungla durante tres días. Ravi iba en cabeza, a lomos de su elefante de guerra, hasta que el animal hizo un movimiento extraño y Ravi cayó al suelo. Murió aplastado. El joven, que era un cazador experto, había crecido junto al elefante. Todos dijeron que su muerte fue una trágica jugada del destino.

El segundo hermano se llamaba Bodhan y, aunque no era nada más que un niño, rivalizaba en conocimiento con los filósofos. En sus ojos brillaba la sabiduría de los yoguis. De pronto se puso enfermo, y su rostro se volvió del color de la cera a causa de unas terribles fiebres. El rey, su padre, llamó a palacio a médicos y santones. Todos pusieron en práctica

los remedios más eficaces y los rituales más poderosos. Pero nada se pudo hacer: Bodhan murió pocos días después. Era un muchacho musculoso y fuerte como una rama de bambú, pues el ejercicio físico le había hecho sano y vigoroso. Todos dijeron que su enfermedad era voluntad de los dioses, que querían tenerlo a su lado.

Y, por último, el tercer hermano, que se llamaba Kumar. Era el preferido del rey: fuerte, guapo y con el brillo de la inteligencia en su sonrisa. Paseaba por los patios de palacio cuando una flecha surcó el aire y se le clavó en el pecho. Nadie supo nunca quién la había lanzado. El rey ordenó ejecutar a todos los arqueros de la corte porque a un hijo podía sucederle una desgracia, pero a tres no. Era algo inaceptable.

Esta locura tampoco sirvió de nada. Ravi, Bodhan y Kumar estaban muertos. Quedaba solo el último hijo del rey, que era el más pequeño: el príncipe Dakkar.

Y Dakkar, prisionero en las estancias doradas de su palacio, se quedó solo desde aquel día.

DOS EL VUELO

—¿rees que debemos despertarlo?
—Me parece que sí.
—Lleva tres días seguidos sin dormir y precisamente ahora que...
—¡Vamos a estrellarnos, Ashlynn! —gritó Daniel.
—Qué va. Lo que pasa es que estamos bajando demasiado deprisa.
—¡Ashlynn!

La señorita Ashlynn Talyor Woodsworth, resignada, suspiró.

Tenía doce años y los largos cabellos rubios recogidos en una larga y densa coleta. Tan solo llevaba encima un calzón ancho de algodón, sujeto a los tobillos con un elástico, una camisa blanca que le llegaba a los pies y un rígido corsé ajustado al busto con cinta de ballena. Una larga combinación ocultaba todo lo demás.

La antigua preceptora de Ashlynn, la señorita Walsh, se habría quedado horrorizada de haberla visto así, a me-

dio vestir. Pero la señorita Walsh estaba muy, muy lejos de ella, como del colegio Paimboeuf —que se encontraba a las puertas de París—, de su directora, de los profesores y de todas aquellas personas que hasta pocos días antes habían sido parte de su vida.

Pero ahora aquellos dos muchachos, más o menos de la misma edad que ella, eran el centro de su universo. Uno dormía y el otro parecía sumamente agitado.

—Por favor, tienes que despertarlo —insistió Daniel.

—Tienes razón.

Luego estaba Nautilus, un mastín tibetano de color gris ceniciento que a primera vista parecía un león albino. De hecho, era tan grande como un gran felino. De patas robustas y osamenta poderosa, su cabeza casi no cabía entre los brazos de Ashlynn.

El perrazo gris estaba tumbado en el suelo de la cabina y ocupaba casi todo el espacio. En aquel momento, Nautilus era lo que Ashlynn más quería en el mundo.

—¡Quítate de en medio, animal! —murmuró ella en voz baja. Y dado que Nautilus no parecía tener la menor intención de obedecerla, decidió saltar por encima del perro.

Daniel, a sus espaldas, bregaba fatigosamente con las pequeñas alas de tela que mantenían la aeronave en el aire. Aunque, como siempre, había exagerado un poco (en realidad, no estaban en caída libre), era evidente que la cabina se estaba inclinando hacia abajo. A través de las ventanillas delanteras, ya no se veía el cielo estriado de gris, sino las copas verdes de los árboles.

Ashlynn, no sin dificultad, consiguió escalar por encima de Nautilus y aterrizar al otro lado, donde se encontraba el tercer miembro de la tripulación.

Nemo, abrazado a las rodillas y con la cabeza apoyada sobre las manos, seguía durmiendo y lloriqueaba inquieto entre sueños. Su piel de color café era brillante como el cuero. Ashlynn intentó despertarlo.

—Nemo...

No obtuvo ningún resultado. Entonces exclamó, zarrandeándolo suavemente por los hombros:

—¡Nemo!

De repente, el muchacho soltó un grito y sus dedos nudosos se aferraron con fuerza a las muñecas de Ashlynn.

—¡Ay! ¡Me estás haciendo daño! —se lamentó ella.

Los ojos negros de Nemo parecían verla por primera vez.

—Yo... Perdón. Estaba teniendo una pesadilla.

—¡Ya está bien de charla! —advirtió Daniel desde el otro lado de la cabina—. ¡Os recuerdo que esto es una emergencia!

—¿Qué emergencia?

Nemo aplastó el rostro contra el cristal de la ventanilla.

Fuera había oscurecido casi del todo y no se veía ni una sola casa por los alrededores: solo una masa boscosa que se perdía en el horizonte. Ashlynn se preguntaba qué lugar era aquel: desde luego, no era el sitio idóneo para aterrizar.

—Estamos perdiendo altura —anunció Nemo.

—Pero que mucha altura —confirmó Daniel.

—Abajo hay árboles.

—Pero que muchos árboles.

—Qué raro —observó Nemo—. Habíamos aprovechado una corriente ascendente y, además, bastante fuerte... ¡Nautilus! ¡Déjame pasar!

El enorme perro gris se levantó sobre su patas y Nemo reptó por debajo de su panza con la gracia sinuosa de las serpientes. Se dirigió hacia la parte posterior de la aeronave, donde Daniel manejaba los mandos y, poniéndose de puntillas, abrió la escotilla que se encontraba en el techo.

Desde allí se podía acceder al quemador del dirigible que, en realidad, había empezado a funcionar con aceite una vez que el gas se hubo terminado. Nemo había llevado a cabo una conversión de emergencia en una granja.

—La llama sigue encendida —dijo mientras se asomaba a través del agujero— y el depósito de aceite está por la mitad. Fuera, además, te mueres de frío.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Ashlynn

—Eso quiere decir que estamos a bordo de un dirigible y que seguiremos volando mientras el aire que contiene el balón sea más cálido, es decir, más ligero, que el de la temperatura ambiente.

A Ashlynn no le gustaba nada que Nemo se dirigiera a ella con aquel tono de sabihondo.

—Entonces, ¿por qué perdemos altura? —preguntó.

—Tiene que haber una fuga en el balón: seguramente se habrá saltado alguna costura. Por eso perdemos altura y, si no hacemos algo, el desgarró puede poner en peligro toda la estructura del dirigible.

—¿Eso qué significa? —dijo Ashlynn, alarmada.

—Pues que el dirigible se va a romper y nos estrellaremos contra el suelo.

Daniel, el mayor de los tres, abandonó los remos por unos instantes. Era alto, rubio, delgado como un fideo y con el pelo largo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a salir ahí fuera.

—¿Fuera? ¿En pleno vuelo?

—Sí.

—De eso nada —lo interrumpió Ashlynn—. No lo digo por ofender, pero si hay algo que coser ahí fuera, es mejor que lo haga yo.

Nemo, Daniel y Nautilus volvieron la cabeza hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Vais a quedaros ahí mirándome como pasmarotes o me echáis una mano? —dijo la muchacha.

Ashlynn tenía vértigo. Se acordó de ello en cuanto Nemo abrió la puerta de la cabina y sintió la bofetada del viento gélido en su rostro.

—Será mejor que te pongas un abrigo.

Nemo le acercó un abrigo de lana y le ayudó a abrochárselo. Luego, le tendió una talega de terciopelo en la que Ashlynn guardaba las herramientas de costura. Al salir del colegio, pensó que sería útil llevarla consigo por si necesitaba remendar una media o el dobladillo de un vestido, pero nunca imaginó que fuera a utilizar el hilo y la aguja para arreglar un descosido en el balón de un dirigible.

Por un momento pensó que aquella situación era absurda. Ashlynn era hija de uno de los empresarios más ricos e importantes de América. Se había criado en Boston, había estudiado en el extranjero y había crecido en una casa tan grande que no sabía cuántas habitaciones tenía. Pero ahora...

Ahora se encontraba suspendida en el vacío, aferrándose con todas sus fuerzas a las argollas de hierro que había en el costado de la aeronave.

Desde el exterior, el dirigible parecía una cáscara de nuez a merced de los vientos. Sus dos toscas alas de tela sobresalían del fuselaje y se agitaban en el aire. Parecía un niño aprendiendo a nadar.

La pálida silueta del balón aerostático se recortaba por encima de la niña.

—¡Vamos allá! —exclamó Ashlynn.

Y, sujetándose bien, alargó los brazos hasta alcanzar la siguiente argolla, pataleando en el vacío en busca de un punto donde apoyar los pies. Luego, continuó subiendo.

Ahora podía ver el quemador, que ya no estaba oculto tras la silueta de la cabina. Pero aún quedaba muy lejos y el viento soplaba con tanta fuerza que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Ashlynn!

Era la voz de Nemo, que la estaba llamando.

Ashlynn, mordiéndose los labios, cometió el mayor error que se podía cometer: mirar hacia abajo.

Los árboles, cada vez más próximos y amenazadores, estaban tan solo a unos cincuenta metros de ella.

Se bloqueó por completo y todo fueron tinieblas a su alrededor. No conseguía moverse ni respirar. Sus ojos seguían clavados en el abismo. Pensó que no tendría fuerzas para seguir sujeta a aquel asidero y que acabaría cayéndose. Iba a morir.

—No... puedo... moverme —murmuró.

Sus palabras, a pesar del viento, llegaron a oídos de Nemo, que respondió:

—Claro que puedes.

—Voy a caerme.

—No vas a caerte. Espera.

—¿Qué pasa? ¡Ahhh!

Ashlynn sintió una presión en la pierna y estuvo a punto de soltarse. Luego, haciendo un esfuerzo, consiguió abrir los ojos de nuevo y vio que Nemo había salido de la cabina. Estaba atándole una cuerda al tobillo.

—Nautilus está al otro lado de la cuerda —gritó—. Si te sueltas, no caerás al vacío.

—¡Jamás lo conseguiré!

—Sí que lo conseguirás. Vamos a subir los dos juntos. Nemo trepó hasta ella con la agilidad de un mono.

—Yo subiré primero —le dijo—. Solo tienes que seguirme. No mires abajo.

—Nemo —murmuró Ashlynn aterrorizada.

Sus ojos estaban tan congelados que parecían dos estalactitas afiladas.

—Por favor, Ashlynn, no me falles. Te necesitamos. Ven conmigo.

Nemo continuó la escalada y la muchacha, esta vez, consiguió subir detrás de él.

El techo de la cabina estaba reforzado con unos remaches de hierro arqueados. Ahora se encontraban tan cerca del balón que solo podían avanzar a cuatro patas mientras se agarraban a los soportes.

Nemo llegó hasta una de las cuerdas que sujetaban el globo y trepó por ella.

—¡Qué suerte! —gritó—. ¡He conseguido encontrar el desgarrón!

Y señaló hacia un remate de mimbre que cerraba la embocadura del globo. Ashlynn vio que una de las costuras había cedido unos treinta centímetros, provocando un desgarrón en el globo. Un faldón de tela se movía zarrandeado por el viento, al igual que una vela agitada por la tempestad.

Desde la seguridad de la cabina le había parecido fácil hacer el arreglo, pero ahora se dejó llevar por el pánico.

—Escúchame bien, Ashlynn. Tenemos que tapar ese desgarrón. Eso nos permitirá ir perdiendo altura poco a poco, hasta que encontremos un claro entre los árboles. ¿Entendido?

—No sé si voy a ser capaz.

—Ahí tienes la cuerda. Por favor, ¡hay que intentarlo!

Ashlynn temblaba. Tenía tanto frío que no sentía ni las orejas. Fue avanzando poco a poco por el techo de la cabina, introduciendo los pies en la argollas, y, a tientas, palpó con los dedos hasta encontrar la talega de terciopelo. Buscó en su interior y sacó una aguja gruesa para coser velas. Ya la tenía enhebrada.

Nunca había sido habilidosa con la costura. En realidad, era un desastre con todas las tareas domésticas que la señorita Walsh había intentado enseñarle tantas veces, pero la labor la sacaba de quicio.

Y, además, no era lo mismo remendar el balón de un dirigible que bordar o hacer punto de cruz. Pero era una cuestión de vida o muerte y tenía que lograrlo.

Nemo subió reptando hasta ella con movimientos de lagartija y sujetó a Ashlynn por la cintura.

—Ya te sujeto yo —dijo—. Tú trabaja tranquila, que no te caes.

Nemo le dedicó una sonrisa y ella pareció notar menos el frío. Tendió una mano para sujetarse a las cuerdas, llegó hasta el balón y empezó a coser.

El bosque corría veloz bajo sus pies.

Era el 6 de diciembre de 1829.

ÍNDICE

1. El príncipe	7
2. El vuelo	9
3. ¿Dónde estamos?.....	17
4. Camino de Praga	23
5. El cuaderno rojo	31
6. Tres muchachos por las callejuelas	39
7. El maestro.....	51
8. Las reglas de la casa	57
9. La Navidad de Ashlynn	71
10. En el colegio	77
11. El pañuelo.....	85
12. Daniel en los bajos fondos	99
13. La intrusa.....	105
14. El misterio del Pandit	111
15. Una fiesta para Ashlynn.....	117
16. El gigante de piedra	127
17. El código secreto.....	137

ÍNDICE

18. Prisioneros en el gueto	147
19. La última noche	157
20. La batalla por la libertad	165
21. Se desvela el misterio de la carta	181
22. El último baile.....	195

Segunda entrega de las aventuras de Nemo,
el príncipe indio que oculta su verdadero nombre
para proteger su vida y la de sus dos nuevos amigos,
Ashlynn y Daniel. Juntos recorren Europa descifrando
misterios y huyendo de sus enemigos,
de los que por ahora han conseguido salvarse
gracias a la inteligencia poco común de Nemo
y a la lealtad de Ashlynn y Daniel.



1578296

ISBN 978-84-698-3385-8



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com